

# Willem de Kooning

Juan José Cabedo Torres

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

*Pintar de un modo abstracto es pintar los sentimientos puros y liberar el espíritu de un modo totalmente directo.*

La frase emergió como un pecio reflatado de algún fondo arenoso y buscó un cerebro donde instalarse, pero en ese preciso instante todos estaban ocupados. Unos, los menos, se abismaban en profundas meditaciones; otros, la mayoría, se ocupaban humildemente de lo inmediato. Las palabras, huérfanas de un intelecto que las articulara, flotaron como diminutos globos de helio y se condensaron, a modo de neblina, en una gasa sin tiempo que se posó delicadamente, como una hoja de noviembre, en alguna región del inconsciente colectivo. Fue una pena, y un desperdicio en cierto modo, si tenemos en cuenta que muy raramente roza la inteligencia el aura de los humanos, y cuando lo hace, desciende entrelazada a una fina lluvia de destellos.

La chica que atiende el mostrador sonríe profesionalmente incluso ahora, cuando acaban de abrir y todavía no ha dado tiempo a que algún cliente despistado pregunte el precio del cartel, cuando todavía no ha venido una señora desocupada a hojear el catálogo. La chica del mostrador sonríe por inercia, porque sonreír es parte de su trabajo. La práctica, basada en una educación convincente, le permite desconectar los músculos de la cara del flujo de sus pensamientos. Toda una habilidad social sustentada en la idea de que la forma es lo único que importa.

*La forma ayuda a triunfar.*

La chica del mostrador adapta su rostro a un modelo prefijado, lo que le da el inequívoco aspecto de una máscara. Entonces conecta el piloto automático y deja que por dentro circulen libremente los pensamientos. Hoy, por ejemplo, la ropa le aprieta más de lo debido. A lo mejor son las hormonas o a lo peor las pizzas y los yogoures no desnatados. A lo mejor tiene que ponerse a dieta. La idea de unos quilos de más en las zonas estratégicas de su anatomía debería ensombrecerla, pero por encima de todo ella sonríe. Sólo son las diez y cuarto y los pies la están matando, pero sonríe. Es lunes, y los lunes no son su día. La chica del mostrador sonríe también los lunes. Sonríe por la mañana, sonríe por la tarde, sonríe por la noche.

*Para presumir hay que sufrir, decía mi abuela, y en este trabajo es muy importante la imagen, a ver si viene Cristina y me puedo tomar un café, no he dormido nada esta noche, luego llega a casa, tenlo todo limpio, prepara la comida al gusto del califa y los sábados ábrete de piernas, yo me abro, pero lo que más me jode es que en dos empujones ya se ha ido el tío, menuda historia, media vuelta y a dormir, y luego aguanta a los amigos, cuánto consume tu coche, el maletero del mío hace un ruidito, tengo que cambiar las bujías, el otro día en el lavado me rompió el*

*cenicero un puto tamagochi, me voy a cagar en la puta que lo parió.*

La chica atiende el mostrador y el guardia de seguridad brujulea por la sala. El guardia de seguridad, cuando pasea, cruza los brazos y eleva el mentón. Es su forma de decirle al mundo que, en su pequeño territorio, él es el que manda. Una vez vio a Mussolini en la tele y se quedó con la copla. Qué bien cruzaba los brazos el Duce, con qué arte levantaba la barbilla en el balcón de aquella plaza. Bajito pero con muchos huevos. Impresionante.

El guardia de seguridad tiene mucha retentiva. Nunca olvida una cara y es capaz de almacenar en la memoria detalles insignificantes durante años. La gorra de plato le viene un poco grande, pero a él le gusta porque le da un aire de policía neoyorquino que mola bastante. Lleva trece meses en este curro. Antes era panadero, pero lo dejó porque era un trabajo muy esclavo, toda la madrugada metido en harina. Ahora vigila garajes, bancos, exposiciones. Lo que le echen. A él personalmente le gustan los grandes almacenes, donde hay más movimiento. A las exposiciones no viene casi nadie y las horas se hacen eternas. Además, a él el arte le trae un poco al fresco.

*Parece que le han dado una brocha a un mono y luego han colgado los cuadros. Y los dibujos los han robado de un jardín de infancia, a mí que no me jodan.*

El guardia pasea delante de las obras con el mentón al cielo

*Dice la jefa que éste vale quinientos mil euros y que el valor de toda la exposición es incalculable. Hay que joderse. A parchear carreteras en agosto ponía yo a todos estos artistas.*

Al guardia de seguridad se la bufa la trascendencia del yo angustiado en el expresionismo abstracto. A él lo que de verdad le preocupa es la urgencia de lo inmediato. Por ejemplo, Romero. El amigo Romero se ha negado en redondo a cambiarle el turno. Con buenas palabras, pero se ha negado. Precisamente hoy, que necesitaba un par de horas para arreglar los papeles del seguro.

*El muy cabrón, con todo lo que me debe, que si no es por mí, ese gualdrapa no entra en la empresa ni de coña. Me llama un día el Jefe de personal y me pregunta, ¿Conoce usted a Celestino Romero? Y yo, Es un buen chaval, mi mujer y la suya son amigas. Pero arrieritos somos y en el camino nos encontraremos. Yo no soy rencoroso, pero tengo mucha memoria.*

El guardia de seguridad lleva una semana doblando turno y está un poco tenso. Trabajar dieciséis horas diarias, aunque sea paseando por exposiciones y garajes le amargan el carácter a cualquiera.

*En mi pellejo quería yo ver a los que pintan estas chorradas, a mí que me lo expliquen, lo único claro es que no se entiende nada. A éstos y a los que salen a hacer futin por las mañanas, les daba yo un pico y una pala y los subía a un andamio, para que se les pasaran las ganas de cachondearse de los que de verdad curramos.*

El guardia de seguridad duerme poco, trabaja mucho y es del Real Madrid, así que no le queda mucho tiempo para disfrutar de la vida.

El guardia de seguridad. Pablo, se llama, da todo el sudor de su curro por bien empleado cuando llega a su casa, un adosado en Valdemoro amplio, confortable, con vistas al olivar. De cuando en cuando se da el gustazo de invitar al cretino de su cuñado, que vive en Usera, en un cuchitril de treinta metros cua-

drados, y sin ascensor.

*Lo invito solamente por verle la cara. El tío se muere de envidia cuando entra en mi casa, doscientos metros cuadrados habitables, más la buhardilla, en cuanto pueda la preparo y me subo la guitarra eléctrica.*

El guardia de seguridad siempre quiso tocar en un grupo de rock. Ahora está un poco fondón y el pelo huye a marchas forzadas de su cráneo a pesar de los masajes y de aquel tratamiento tan caro a base de algas japonesas.

*Pero mira el Mick Jagger ése, cerca de los sesenta y todavía dando saltos.*

*La idea de orden sólo puede venir de arriba. El orden es una limitación.*

El pensamiento, ingrávido como la silueta de una nube soñada, brotó del caos y se deslizó por la pared en busca de un cráneo más o menos privilegiado. Todos siguen ocupados, cada uno en sus cosas, así que las palabras se deshacen blandamente, como un gemido en la nevada.

Un joven acaba de entrar en la sala y pasea entre las pinturas.

*Mira el alelao ese, ya está aquí otra vez.*

El joven visita la exposición todas las mañanas con puntualidad de ritual iniciático. Camina por la sala como si la midiera paso a paso, y siempre se detiene frente al mismo cuadro.

El guardia de seguridad posee un sexto sentido para detectar a los chiflados y algo le dice que a este chaval se le ha aflojado algún tornillo. El guardia de seguridad baja del taburete y camina hasta la entrada de la sala, abre el compás de las zancas y se planta en el vano con los brazos cruzados. Sabe que así se le marcan los antebrazos, los únicos músculos que todavía sobresalen de la capa de grasa que le protege de las inclemencias del tiempo.

*Lástima que las gafas de sol no sean reglamentarias. Ahora mismo me vendrían unas Raiban que ni pintadas, y es que donde hay percha.*

El guardia de seguridad permanece inmóvil mientras se trabaja la postura que ha visto en las películas, pero, cosas de la raza, el garbo, que tan bien le sienta a Bruce Willis, a él le queda un pelín torero. Da igual. El guardia de seguridad cruza la sala con paso firme y los radares a pleno rendimiento.

*No parece de los que rajan las telas para protestar por la guerra de Irak, el hambre en la India, o la capa de ozono ésa. Espero. Lo que menos me apetece es una movida de buena mañana.*

El guardia de seguridad camina enredando al joven con el hilo de su mirada. Cuando pasa junto a él no puede evitar leer con el rabillo del ojo el nombre del cuadro que tanto fascina al cliente. Hasta ahora no se había fijado. *Untitled* se llama, y entre paréntesis pone *Sin título*.

*Sin título, no te jode. Lo dicho, que estos tíos no sabían ni lo que pintaban. Sin título, si no fuera patético, hasta tendría gracia.*

Sin título, pero ahí sigue el joven, capturado por la emoción estética que irradia la tela. Sin título. La pintura debe emitir en una longitud de onda similar a la que hace trabajar su cabeza, si no no se entiende que *Sin título* lo tenga atrapado, inmóvil como una polilla fascinada por la luz amarilla del porche.

El guardia de seguridad, que en sus ratos libres resuelve crucigramas para mantener en forma el intelecto, repasa mentalmente sus nociones de criminolo-

gía. El primer indicio es el aspecto físico, que a un observador perspicaz tanto le dice de las posibles inclinaciones delictivas del sujeto.

*Pelo largo, gabardina, entre veinte y veinticinco años.*

El exterior del joven no trasluce lo que está ocurriendo en su interior. Por una extraña e inexplicable simpatía entre las conexiones neuronales y las moléculas de los pigmentos, el joven está siendo invadido por el lienzo. Ya sé que parece absurdo, pero el hecho es que el cuadro está entrando en él ahuecándolo por dentro. La pintura, al mezclarse con los distintos tejidos, está desestructurando su personalidad, que inmediatamente se reestructura en un hombre nuevo. De momento el inconsciente ya se ha mimetizado con el espacio mágico inscrito en los límites del marco. El pintor dio forma de ameba a alguna de sus obsesiones, y es realmente una ameba eso que circula de célula en célula como un flujo cromático.

*Lo que en realidad refleja el arte es al espectador y no la vida.*

De nuevo las palabras emanan de la nada como la quilla invertida de un barco emergiendo de la niebla. Antes de que el lenguaje deslinde en el caos el límite de las cosas las imágenes dan forma preconsciente a los sueños arquetípicos.

*No hay perspectiva, no hay profundidad, el fondo desaparece, se funde con las figuras, que asoman aquí y allá como destellos de una realidad imposible.*

La superficie del lienzo es confusa, un desorden cuidadosamente estructurado en sucesivas capas de color que insinúan el perfil de una ciudad permanentemente refundada.

*Los límites se diluyen, las formas, liberadas de la constricción de la línea, se invaden las unas a las otras, se solapan, se confunden. El color circula libremente por la tela con un misterioso latido que remeda el pulso de la tierra. Cuando todo encaja, la vida se hace armonía. Cuando cesa la confusión, el amor se hace impulso salvaje que asciende por las nervaduras, la pasión se hace rumor de pieles que estallan en la bóveda del cielo, y desciende sobre las cosas hecho luz, hecho hueco.*

*El ojo respira el mundo a través de la mirada. Dentro es fuera, fuera es dentro.*

El joven se vacía de sí mismo para dejar espacio al universo artificial del cuadro. El alma se reordena para adaptarse al flujo de los colores y las ternillas se desprenden de los huesos para permitir que el esqueleto integre es sus doscientos ochenta y cuatro huesos una imagen convincente del universo. La memoria se incorpora al proceso troceando con meticulosa crueldad los recuerdos en fragmentos que conforman aquí y allá caprichosos archipiélagos navegando océanos de tiempo y olvido. Todo se agita dulcemente, todo se mueve por dentro. Lo vivido se emulsiona con lo soñado en un fluido inestable que, a imagen de los colores del cuadro, nunca acaba de posarse del todo en la espuma cenicienta de los mares soñados.

Un pie que sale del costado, la nariz que desciende hasta el pecho, un brazo que se incorpora a la oreja. La pupila descompone la figura. Es el paso previo para rehacerla en un orden más preciso que el que impone la naturaleza. Ésa es la fuerza del ojo, el poder erótico de la mirada capaz de penetrar en lo visible

para enhebrar lo disperso. Siempre buscando bajo las apariencias la huidiza textura de lo real. Siempre enmendándole la plana a Dios. Siempre en la frontera del misterio más allá del cual se extiende un océano de mercurio sin faros ni riberas. Se empieza jugando a descomponer la realidad física y ya no hay remedio. De lo físico a lo psíquico, apenas un par de letras. También el espíritu es, al fin y al cabo, materia. Hay quien se contenta con vivir; otros sienten en el pecho el imperativo de desmontar la vida para saber de qué está hecha, cuál es su mecanismo interno.

*Pintar de dentro afuera o de fuera adentro. That is the question. ¿Qué es más real?, ¿una silla, o el dibujo de una silla? ¿Qué es más real?, ¿una silla o la definición de la palabra en el diccionario? ¿Pinto el paisaje que veo ante mí o en realidad estoy pintando una y otra vez ese desierto de sal que se extiende como un pertinaz rizoma desde el centro del yo hasta los esteros de mi subconsciente? Dibujar con los ojos cerrados para impedir que la consciencia interfiriera en el torrente de imágenes que atravesaban su mente. Pintar mientras miras la tele, que viene a ser lo mismo. Puro automatismo. Dicen que cuando trabajas de esta manera el cuerpo se te contorsiona en extrañas posturas sólo registradas en los fumadores de opio. El cuerpo se deforma hasta parecerse asombrosamente al dibujo que se traza a sí mismo sobre el papel.*

El guardia de seguridad regresa desde el fondo de la sala invadiendo los sucesivos huecos que el espacio abre a su cuerpo y se planta tras el joven, que sospechosamente no hace nada, simplemente está ahí, demasiado cerca del cuadro, según las normas no escritas de exposiciones y museos. El guardia de seguridad utiliza el magnetismo que irradia su cuerpo. Clava la mirada en el cogote que tiene delante y concentra toda su fuerza mental en el propio entrecejo, que es donde crece el tercer ojo.

*Vuélvete. Te ordeno que te vuelvas.*

El joven no se mueve. Todos los conductos que le conectan con la vida se han obturado mientras contempla su alma plasmada en el cuadro como en un espejo inverso. El guardia de seguridad pasa a la acción.

—Oiga, no se acerque tanto.

La primera grieta es apenas un capilar, una finísima línea trazada con tinta china en la rítmica sucesión de rojos, verdes y negros. Las palabras pronunciadas por el guardia tiene el poder de un conjuro. Como si fueran justamente ésas y no otras las que necesita escuchar en ese preciso instante, el joven trasciende su propia piel, que queda arrebujaada como un despojo a los pies del guardia. Todo su ser se expande sobre el lienzo, todo él hecho espíritu planea sobre la tela como la silueta del aire resbalando lentamente por la hierba hacia la línea de la playa.

Ya no hay pensamientos, ni abstracción, ni análisis, sólo sensaciones. La brisa en la cara. El cielo azul encendiendo el cuerpo. El alma flameando como ropa tendida a la claridad del alba. El enigma que todo experimentamos y que nadie explica. Hay verdades que matan y otras que iluminan por dentro. En algún lugar de la memoria afloran las imágenes de lo no vivido, de lo que pudo ser y no fue porque ocurrió en los otros, pero da igual, pues la misma vida que ani-

ma la hierba o los sauces es la que circula por las venas. En algún lugar resuena el eco de otras existencias, la piel de las palabras que ansían ser pronunciadas, el asombro de lo intuido en el umbral del misterio. El verde envuelve, el rojo salpica, el azul se astilla en un caos armónico de formas y colores que late en el corazón del lienzo.

La segunda grieta dibuja a su modo la urgente necesidad de un anhelo. Le sigue otra que cruza el lienzo con vocación de diagonal trágica. Una más y se tejerá sobre la trama una delicada tela de araña.

Ya no hay remedio. La metamorfosis está en marcha.

El primer fragmento se desprende del ángulo superior derecho.

*Ojo roto.*

El diminuto trozo de materia altera de inmediato el precario equilibrio de las líneas, destruye en un instante la inestable simetría de las formas. No hay remedio. Ya no hay remedio. El óleo se cuarteo desde el centro hacia los bordes con pulso de onda buscando la orilla. Los pigmentos se deshacen en un vertiginoso vórtice que ocupa el espacio donde hace un instante el cuerpo del joven ahuecaba el aire.

La materia gira sobre sí misma. El proceso se repite una y otra vez hasta que el movimiento cesa inesperadamente, con la violencia de un engranaje que se encaja en la intersección de dos instantes. El guardia de seguridad, que ha asistido atónito a todo el proceso, se restriega los ojos, vuelve a mirar, pero ya no hay nada. No hay cuadro, no hay joven contemplándolo. Inexplicable, pero cierto. A veces la realidad es más delirante que el más extraordinario de los sueños.

El polvillo multicolor se posa en el suelo y se incrusta en los intersticios de las baldosas. Las letras del rótulo, que sienten el imperativo de adaptarse a los nuevos tiempos, componen un título más acorde con las circunstancias.

*Vacío I.*

El guardia de seguridad mira a un lado, mira a otro, se encoge de hombros y se aleja silbando boleros. El guardia de seguridad relaja la tensión del cuello y se deja llevar por el albur de sus pasos, que le conducen hacia los vestuarios. A veces la limpiadora olvida cerrar la puerta mientras se cambia. Toda una invitación a la mirada.

*Mirar, ser mirado. That is the question.*

Alguien visita la exposición. Desde la sala obscenamente blanca llega el eco de una conversación.

—Mira éste cómo flipa, colega.

—Esta tía se parece a mi madre cuando sale de la ducha.

—Es verdad, y aquélla es clavada a la Montse.

—Mola.

—Mola mazo.

Las dos muchachas se miran un instante, se cogen de los piercings y estallan en una carcajada. Ellas no lo saben, pero a su espalda una ameba amarilla y negra se desplaza lentamente, como una gota de tinta, hacia la graciosa intersección de sus cuellos con el perfil del agua.

*Juan José Cabedo Torres*